



ALYSON
RICHMAN

AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

El
jardín
italiano

UN AMOR QUE DESAFIARÁ A MUSSOLINI
Y ENFRENTARÁ EL HORROR DE LA GUERRA

 Planeta

ALYSON RICHMAN

EL JARDÍN ITALIANO

1

Portofino, Italia, octubre, 1943

Ella lleva en la mochila su vida entera, reducida a no más que pequeños fragmentos. Aunque el peso físico de estos es insignificante, a su parecer, todo lo que carga se siente pesado. Se jala la falda para contenerla, pero el viento que sopla desde la bahía es implacable, y el algodón ondea a su alrededor como paracaídas.

Cierra los ojos e intenta imaginar que se eleva sobre la cubierta del barco, flota sobre el aire fresco y mira hacia abajo mientras el navío atraviesa las aguas. Génova, Rapallo y la costa occidental de Italia se ven como el filo de un cuchillo contra el mar. Desde el barco puede ver las pálidas fachadas de las villas acurrucadas contra los acantilados y de los hoteles centenarios que miran al océano.

Lleva días viajando, pero parece que han sido meses. Con la mascada gris sobre su cabello oscuro y el modesto y sencillo vestido azul marino, podría ser cualquier chica italiana de poco más de veinte años.

Tiene el estómago vacío. Trata de olvidar el hambre y se dedica a observar a los demás pasajeros que la acompañan. El barco lleva cerca de treinta personas. Siete son soldados alema-

nes y hay varias abuelas vestidas con ropa de luto. Los demás son hombres y mujeres comunes y corrientes, anónimos.

Como ella espera parecerles a los demás.

Desde el principio de la guerra aprendió a pasar inadvertida: a parecer insignificante, como alguien a quien no valdría la pena detener en la calle. No puede recordar la última vez que usó un vestido de colores o su blusa de seda favorita, la de las flores blancas. La belleza, como ha llegado a darse cuenta, es otra arma más; mejor ocultarla y mostrarla solo ante una necesidad imperiosa.

Un instinto la hace cubrir su vientre con ambas manos cuando el barco se acerca al muelle. Le sorprende ver a tantos alemanes aquí, en especial cuando creía que estaba a punto de encontrarse a salvo. Llevaba semanas tratando de evitarlos, pero ahora aquí están, parados sobre el muelle en espera de revisar los documentos de todos los pasajeros.

Su estómago da un vuelco. Se quita la mochila y, sin pensarlo, la aprieta contra el pecho.

Se pone de pie, pero siente que sus piernas podrían ceder bajo el peso de su cuerpo. Se lleva las manos a las mejillas y presiona levemente para que la palidez de su miedo dé paso a un poco de color.

Temerosa de que los soldados decidan buscar en el fondo de su mochila, saca sus documentos falsificados y los sostiene a su lado. Camina detrás de una de las viudas, quien trae un crucifijo tan enorme que espera que le sirva de protección a ella también o, por lo menos, que distraiga a los soldados por un momento.

Camina con cuidado por la cubierta hasta alcanzar el muelle. Elevadas sobre la colina, las casas casi parecen dientes. Observa las buganvillas que decoran las terrazas y las flores de hibisco que se abren como sombrillas bajo el sol. Inhala la fragancia del jazmín, pero con cada paso que da se siente más débil por el temor.

—*Ausweis!*

Los alemanes gritan sus órdenes mientras arrebatan los documentos de las manos nerviosas.

Elodie es la siguiente. Sus manos se aferran a sus papeles falsos. Unas semanas antes destruyó la tarjeta de identidad que llevaba su información verdadera. Ahora, Elodie Bertolotti es Anna Zorzetto.

Anna. Anna. Trata de concentrarse en su nuevo nombre. Siente que el corazón se le sale del pecho.

—¡Siguiente! ¡Tú!

Uno de los alemanes le quita los papeles de las manos, tomándolos con tal fuerza que, por un momento, sus dedos se tocan. El mero contacto la hace estremecerse.

—¡Nombre! —exclama el alemán. Su voz es tan brusca que por un momento, ella se congela y es incapaz de emitir el más mínimo sonido—. ¡Nombre!

Su boca se abre, pero es como un instrumento con sordina. Empieza a tartamudear cuando, de la nada, se escucha una voz que atraviesa el aire.

—¡Prima, prima! —le grita un hombre de pecho amplio y fuerte de entre la muchedumbre reunida en el muelle—. ¡Prima! Gracias a Dios que estás aquí. ¡Llevo días esperándote!

El hombre se abre paso hasta el frente del gentío reunido y la abraza.

—Está conmigo —le dice al soldado alemán.

—Pues... llévesela, entonces —masculla el soldado mientras estira la mano para tomar los documentos de la siguiente persona de la fila.

Este hombre, a quien Elodie jamás ha visto, toma su brazo firmemente y empieza a conducirla a través de la multitud. Empuja a diversas personas de su camino para que ella pueda ir sin estorbos tras él.

Voltea a verla y señala con la mano una colina.

—Por allá —susurra—. Vivo arriba del puerto, en el acantilado.

Ella se detiene en seco por un momento. Todavía puede escuchar el barullo del muelle: a los alemanes que espetan órdenes, a la gente que grita tratando de localizar a sus familiares, el llanto de los niños ya agotados.

—No soy prima —le dice al fin—. Debe estar equivocado.

Trata de hablar lenta y claramente. Nota que la manera en que habla el hombre es más formal que el dialecto que escuchó en el muelle. Su discurso es más educado. De todos modos, Elodie no quiere que haya posibilidad de que sus palabras se confundan.

Su mascada se ha aflojado, lo que permite que su rostro emerja de entre el mar de tela corriente. Como agua que deja atrás una gema pulida. De inmediato, el hombre queda impactado por el verde de sus ojos y por la intensidad de su mirada. La observa sin decir nada y, después, le responde:

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me salvó?

Elodie escucha la respiración del hombre, un suspiro que escapa de su pecho.

—Cada tanto, bajo al muelle para salvar a una persona.

La chica lo mira, confundida:

—¿Pero por qué me eligió a mí?

Él estudia su rostro, como para confirmar algo que ya sabe.

—¿Por qué? Es sencillo. Elijo a la persona que parezca más asustada.

2

Portofino, Italia, octubre, 1943

El hombre le pregunta si quiere que la ayude con su mochila, pero ella le responde que no.

—Solo la cargo yo.

No la presiona. Todavía no puede descifrarla del todo. Solo puede olfatear el temor que despide. A él le parece que es el olor de un animal perseguido. Ella se muestra inquieta y desconfiada. Su expresión no se suaviza en el trayecto por las estrechas calles hasta su casa. Mantiene los ojos hacia el frente y ni una sola vez se detiene a contemplar la impoluta belleza del poblado y del mar.

El hombre alterna entre adelantarse y quedarse algunos pasos atrás de ella. A veces resiente la traición de su propio cuerpo.

El estómago abultado, las piernas cortas, el pie lesionado que lo mantuvo fuera de la guerra. La chica se encuentra algunos pasos adelante y el hombre nota la firmeza de su cuerpo. El nudo de músculos de sus pantorrillas, la solidez de sus caderas, la firmeza de sus brazos.

—Ya casi llegamos —le informa.

Ella lo mira atentamente por sobre su hombro. Él conoce de sobra esa mirada, la de alguien vulnerable que quiere aparentar fuerza, y la ha visto incontables ocasiones en el último año.

—Puedes confiar en mí —le dice a la chica.

Ella vuelve a verlo fijamente. Una de las correas de la mochila se desliza de su hombro y ella la acomoda de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta el hombre.

Está tan cansada que está a punto de responder «Elodie», pero se detiene antes de que pueda decirlo.

—Anna —contesta—. Anna Zorzetto.

—Anna. Soy médico. El único del pueblo. Te aseguro que no hay razón para temerme.

La joven parece aceptar la explicación, pero su expresión no se suaviza bajo la luz del sol. El hombre nota que de hecho sucede justo lo contrario, como si la chica se pusiera más rígida con cada una de sus palabras.

Ella trata de analizarlo. Su mirada y las arrugas que le atraviesan el rostro revelan tristeza y seriedad al mismo tiempo.

Ella voltea, como si quisiera dar una última mirada al puerto que se extiende abajo. Le urge olvidar el terror que experimentó apenas hace algunos minutos, cuando pensó que podrían poner en duda sus documentos o, peor aún, esculcar en su mochila.

—Bueno —logra decir al fin—. Supongo que tendré que confiar en usted. No tengo otra opción, ¿o sí?

Se internan todavía más en el acantilado rocoso; suben por un estrecho camino y pasan por encima de antiguas paredes de piedra que parecen hacer de barricada en la empinada ladera montañosa. Finalmente llegan a un pequeño arco cubierto de hiedra. Oculta entre una especie de jungla de flores y follaje, se encuentra una casa blanca con una pesada puerta, cuya madera está cubierta por varias capas de brillante pintura verde. Ella

observa los limoneros y las higueras, y percibe una vez más el perfume de jazmín que flota en el aire. Se siente mareada. Estos no son los árboles de su infancia al norte de Italia, con su fresco aroma a pino y enebro. Aquí siente como si acabara de despertar de un sueño. El dialecto le es ajeno y la piel de sus habitantes es más curtida, su ropa es menos refinada.

¿Cuántos días han pasado desde la última vez que durmió profundamente? La fatiga que lleva dentro la tiene casi paralizada y está ávida de sueño. Todo lo que hace parece requerir de cantidades insospechadas de energía, y a ello se suma la tensión de tratar de no parecer cansada y vulnerable.

Ya dentro de la casa, el médico le ofrece un vaso de agua. Ella lo bebe ansiosa y él vuelve a llenarlo una vez y otra. En la cocina corta tres rebanadas de pan y sirve algo de miel en un tazón. Luego retira el tallo de un caqui y lo corta en cuartos para vaciar la suave pulpa en un plato.

Aunque quisiera más, ella le pone solo una cucharada de miel al pan. Come solo un poco del caqui. No quiere revelar la inmensidad de su hambre, pero acaba por completo con el tercer vaso de agua.

—Seguramente estarás agotada por el viaje —dice él—. Tengo un cuarto desocupado donde puedes descansar.

La acompaña hasta una pequeña habitación de paredes blancas, piso de losetas pintadas y una ventana que mira al mar. El aire sopla entre las cortinas traslúcidas y la imagen le recuerda a su falda ondeando en la brisa marina.

—Sí, necesito dormir —responde.

Él cierra la puerta tras de sí y Elodie espera hasta escuchar las pisadas que se alejan por el pasillo. Nota que la puerta tiene llave y le da vuelta, escuchando el sonido del cerrojo. Después, sabiendo que está a salvo al fin, aunque tan solo sea por el momento, coloca su mochila sobre la cama y la abre.

La mochila contiene lo que se esperaría y lo que no.

Retira la primera capa. El vestido adicional de color azul, un fondo, su ropa interior. Después, el suéter de Luca, que levanta hasta su rostro y huele con una profunda inhalación.

Su corazón se acelera cuando retira la segunda capa de cosas. Un pequeño neceser que lleva su cepillo de dientes, una pastilla de jabón y su peine.

Después viene su camisón y la bolsita con el amuleto atado al cordón de cuero que ahora sostiene entre sus manos. Pero, al final, del fondo de la mochila saca un libro, tan delgado que podría tratarse de un diario. Se detiene por unos instantes. Coloca una mano sobre su gastada cubierta y después, con enorme reverencia, lo abre. Dentro del libro hay una hoja de papel doblada. Pero no se trata de un mensaje incomprensible escrito en clave, ni se supone que deba entregarlo a alguien, como lo hizo en sus días de mensajera para la Resistencia. Desdobla la hoja y revela una partitura.

Al cerrar los ojos, escucha la canción impresa en el papel.

¿Cómo es que uno escucha la música? ¿Se trata acaso del ritmo de un lenguaje sin palabras? ¿De un código imposible de traducir?

Elodie escucha las notas en su cabeza como si se tratara del movimiento del agua. Comienza en ondas suaves. También escucha las notas a color. El trazo pálido de tinta azul o el fulgor de una piedra blanca. Tranquilizadoras a veces y luego más intensas. Largas ondas que penetran su cuerpo por un canal completamente diferente. No a través de su mente, sino en la cavidad más profunda de su vientre.

Cierra los ojos y recuerda su violonchelo, recuerda Verona. El prestigioso conservatorio al que llevaba su instrumento cada mañana, el estuche negro casi del mismo tamaño que ella.

Recuerda la sensación del instrumento entre sus piernas. Sus rodillas a cada lado de la curvatura inferior, un brazo al-

rededor del mástil, el arco en la mano contraria. Con cada golpe del arco, su cuerpo convencía al instrumento para que cantara.

Pero ahora se limita a llevar la partitura a la cama y la cubre con sus manos. Se relaja a medida que las notas flotantes la atraviesan. El sueño por fin se apodera de ella hasta que solo queda la melodía que dibujan las notas en su cabeza.

Sus padres le dieron su primer instrumento a los 7 años de edad. Durante meses los había escuchado discutir qué instrumento debía estudiar. Su madre prefería la flauta, mientras que su padre insistía en el violín. Pero Elodie había rogado que le permitieran estudiar el violonchelo. Se había enamorado por vez primera de su bello sonido durante un concierto en la escuela de su padre. Los alumnos habían tocado el *Concierto para violonchelo* de Dvořák y ella había quedado prendada.

De camino a casa estuvo cortando el aire con su propio arco imaginario. Todavía podía escuchar la música en su cabeza, cada nota suspendida en su interior. El baile del chelista plasmado en cada fibra de sus músculos y en cada uno de sus huesos.

El día en que por fin le dieron su primer violonchelo y la imagen de su padre colocando el oscuro estuche de cuero sobre la mesa del comedor eran recuerdos que Elodie atesoraba en la mente, cada uno como una nota individual, conectada con la que le seguía. Jamás olvidaría cómo su padre había abierto el estuche. El instrumento venía envuelto en un bellissimo paño rojo para evitar que el arco le dañara el barniz, y cuando su padre lo sacó, a Elodie se le cortó la respiración.

—Es tamaño tres cuartos —le dijo su padre mientras le entregaba el violonchelo para que lo sostuviera—. Cuando seas un poco mayor, podrás tocar uno de tamaño completo.

Ella tomó el instrumento y de inmediato sintió que su corazón se aceleraba. Era lo más bello que había tenido entre sus manos.

—Y el arco, Elodie...

Su padre lo sacó del estuche y se lo entregó también.

—De tal palo, tal astilla —exclamó Orsina al intuir que su pequeña no tendría el más mínimo problema una vez que aprendiera las técnicas necesarias—. Estoy impaciente por oírla tocar.

Elodie empezó sus estudios de manera gradual, ya que su padre insistía en que, fuera lo que fuera que aprendiera, debía hacerlo bien. Lo primero que le enseñó a hacer fue a acariciar el instrumento.

Lo ideal, le dijo a su joven hija, era que uno no se contorsionara. Más bien, era necesario que encontrara la manera natural de acoplar el cuerpo al instrumento.

—Necesitas volverte uno con él —le dijo.

Él le tomó las manos y las colocó sobre el arco superior del instrumento. Después, lentamente, movió las manos de Elodie para que recorrieran los bordes del violonchelo, permitiendo que sintiera cada curva del mismo.

La sensación de la madera bajo las palmas de sus manos la tranquilizaba. Cada parte de la construcción del instrumento evocaba una respuesta táctil propia; el barniz de la madera, la longitud del mástil, las crestas y los valles de la voluta.

El padre de Elodie le enseñó a utilizar sus rodillas para sostenerlo y a asegurar la punta de la pica del violonchelo al piso para que el instrumento no se deslizara. Luego tomó el arco de una mesa.

—Un chelista sostiene el arco de forma natural, no como lo hace un violinista —le dijo. Y después rio al hacer una breve

pantomima de la manera dificultosa en la que un violinista asía el arco, con los dedos del extremo izquierdo un poco encima-dos, una técnica que se utilizaba para aumentar el volumen.

Al paso de las siguientes semanas, ella logró que las notas emergieran de su violonchelo. Empezó a sentir cómo sus brazos se transformaban. Ya no le parecían dos apéndices carentes de interés, sino partes de ella misma que contenían un poder especial. Al igual que las alas de un ave, tenían la capacidad para levantarse y extenderse. También aprendió a desdoblar y curvar la muñeca, lo que le daba gracia y belleza a su ejecución. Aprendió a esperar, a respirar, a suspender el arco justo por encima del puente antes de atacar las cuerdas. Absorbió las instrucciones de su padre con una comprensión superior a la esperada para su corta edad.

—Un buen músico debe cultivar el arte de la interpretación —le enseñó—. Los pentagramas de la partitura son como un mapa. Necesitas leer las notas y tocarlas como te lo está indicando el compositor, pero la emoción... Eso es lo que hace que la música sea tuya.

Ella lo miró con los ojos bien abiertos, el arco recargado sobre sus rodillas.

—Siempre debes escuchar lo que tu maestro te indique y, después, interpretarlo... demostrar que has comprendido más allá de lo que simplemente debes tocar. ¿Me entiendes, Elodie? Ella asintió.

—Aunque eres muy joven, puedo ver que tienes un don por la manera en que intuyes lo que está oculto detrás de las notas.

Caminó hasta ella y tomó el arco de sus manos para colocarlo sobre el atril frente a ella. Después tomó las manos de su hija entre las suyas.

—Cuando apenas tenías unos meses de nacida, te cargué entre mis brazos. Miré ese rostro tan bello que tienes y pude reconocer los ojos almendrados de tu madre y la perfección de su

boca. Pero también vi que tenías mis manos. —Abrió la palma de la manita de ella—. Tienes los mismos dedos largos, el mismo alcance. —Volvió a cerrarla y la acercó hasta sus labios para besarla—. Estás destinada a ser una violonchelista maravillosa porque puedo sentir que quieres darle vida a tu instrumento.

Justo como su padre lo anticipó, se gestó una magia especial entre Elodie y su violonchelo. Poco a poco el instrumento se convirtió en la niña y ella en su instrumento, se estableció un vínculo único que creció en intensidad a medida que progresaban sus estudios. En ocasiones, cuando sostenía su violonchelo, Elodie pensaba que podía sentir un pulso que se agitaba en el interior de la cavidad de la madera. Jamás se le ocurrió que estaba escuchando su propio corazón.

Cuando creció, recibió un violonchelo de tamaño completo que su padre le compró a uno de los profesores retirados del conservatorio, un instrumento de madera de nogal y terminado color miel. Ella practicó con él a diario y, pronto, su repertorio floreció. Tocaba con creciente emotividad la *Sonata para violonchelo en mi mayor* de Brahms y la *Sonata número 5* de Vivaldi. Dominó la *Tarantela*, una pieza musical que desafiaba su resistencia física, pero la practicó por horas hasta que cada nota lucía tan clara y brillante como el mismísimo sol.

Justo antes de su cumpleaños diecisiete, solo cuatro meses antes de sus audiciones para estudiar de tiempo completo en el conservatorio de Verona, su padre llegó a casa con un regalo adelantado.

—Es un violonchelo veneciano —le dijo a Elodie.

En esa ocasión, cuando abrió el estuche, el instrumento venía envuelto en un enorme paño amarillo. Su padre pareció reflexionar brevemente mientras contemplaba el objeto, como si

estuviera orando. Después, con un movimiento teatral, retiró la tela para revelar el nuevo violonchelo de su hija.

—¡Es extraordinario! —exclamó Elodie.

La chica no podía contener su emoción. Siempre pensó que sus dos violonchelos anteriores eran bellos, pero este era verdaderamente magnífico. Diferente a cualquier otro que ella hubiera visto. El barniz no era café, sino de un rojo impactante. Bajo la resplandeciente capa se asomaba una luminosidad color topacio, de manera que el violonchelo parecía poseer su propio fuego interno.

Las manos de Elodie no podían estarse quietas. Estaba desesperada por tocarlo.

—En honor a tu madre, tenía que ser veneciano.

Su padre le entregó el instrumento y, por instinto, Elodie empezó a acariciarlo. Sus manos recorrieron cada borde y curva, de la misma manera en que lo hizo con el primero, años atrás. Casi de inmediato, pudo detectar que este violonchelo en particular era un poco distinto. La parte inferior tenía un ligero abombamiento, lo que le daba una forma más voluptuosa. Incluso el tallado de la voluta parecía por completo diferente. Como si el lutier se hubiera visto más motivado por la fantasía que por la tradición al tallar el caracol.

—¡Papá! —exclamó mientras sus manos palpaban cada centímetro del instrumento, como si no pudiera confiar del todo en sus ojos—. ¡Debe de haberte costado una fortuna!

—Su viaje hasta nuestra sala es una historia larga y compleja —dijo él en voz baja—. Pero le aseguré al dueño anterior que cuidarías de él como si fuera una extensión de tu propio cuerpo.

Su padre regresó hacia donde estaba el estuche. Hizo a un lado la brillante seda amarilla y sacó un largo y delgado arco hecho de oscura madera exótica.

—El dueño me informó que debías tocarlo con este arco para extraer la máxima belleza del instrumento.

En cuanto Elodie lo tuvo entre sus manos, notó la ligereza del violonchelo.

—Casi no pesa nada —dijo.

Se acomodó en la orilla de su asiento y empezó a preparar el arco. Tensó las cuerdas y les aplicó brea.

Su padre sacó su violín y tocó la nota la para que ella afinara.

Ella acercó la oreja al instrumento y pulsó una cuerda. Cerró los ojos y tocó de nuevo. Solo cuando el violonchelo estuvo afinado a la perfección, lo empezó a tocar.

Con el paso de los meses, la interpretación de Elodie se volvió cada vez más inspirada con su nuevo violonchelo. Tocaba con tal intensidad, con tal pasión, que la simple oscilación de su vibrato hacía sentir a sus escuchas que estaban en presencia de un prodigio. Ahora, con casi 17 años de edad, sus brazos habían crecido y su cuerpo se había transformado en el de una mujer, delgada pero fuerte. A menudo su padre invitaba a sus amigos del Liceo Musical para que escucharan tocar a su hija; deseaba prepararla para que más adelante se presentara ante públicos de mayor tamaño.

Ella tenía una presencia encantadora, tanto en un sentido acústico como físico. Cuando su brazo pasaba el arco sobre el puente y luego retrocedía para sostener una sola nota, Elodie se parecía a una bailarina. Una noche, el profesor Moretti comentó que se asemejaba a un cisne, capaz de planear sin esfuerzo sobre los canales musicales más difíciles.

Todas las tardes, después de clases, Elodie abría el estuche y sacaba su violonchelo.

—Solo canta hasta que se encuentra entre tus manos —le dijo su madre un día cuando empezó a tocar. Contempló a su hija mientras esta reposaba la cabeza contra el mástil delgado y café del instrumento. Las olas color ámbar del barniz del

violonchelo relucían bajo la luz del sol y la larga sombra de su silueta se extendía por el piso del departamento.

Orsina ansiaba escuchar tocar a su hija todo el día; era como una especie de sed que la abrasaba. Todavía la maravillaba que esta niña, engendrada en su propio vientre, tuviera tal capacidad para despertar emociones en su interior. Había escuchado con paciencia mientras la chica aprendía sus primeras escalas, para después acometer arpeggios y estudios más complicados. Ahora tocaba sonatas y conciertos completos. Su hija estaba al filo de la adultez y, a diario, su interpretación se volvía más matizada e infundida con una cierta sensualidad. Ahora sus dedos se movían con confianza y con una ágil precisión mientras danzaban arriba y abajo por las cuerdas. Su arco alternaba entre los ataques largos, continuos, y las suaves caricias.

Elodie llevaba el cabello debajo de sus hombros y, a veces, cuando quedaba absorta en el dramatismo de lo que estaba tocando, sus pasadores se desprendían y su rostro quedaba oculto tras una cortina de pelo. Pero cuando llevaba el cabello levantado y bien fijado, tenía una presencia impactante. Había heredado de su madre la piel color porcelana y los ojos verdes venecianos. Y, cuando tocaba, tenía una apariencia celestial.

—No solo es una intérprete privilegiada —le dijo su padre a su madre—, sino que tiene el don todavía más inusual de poder retener las notas en su cabeza.

Su madre no pareció comprenderlo de inicio.

—¿A qué te refieres, Pietro?

—Lo que quiero decir es que tiene una capacidad extraordinaria para memorizar las partituras. —Sacudió la cabeza—. Y eso no lo sacó de mí, Orsina.

La memoria de Elodie fue algo que su madre advirtió casi desde el principio. La niña casi nunca necesitaba anotar nada. También podía recordar con enorme claridad lo que había llevado puesto en cualquier día en particular, incluso años atrás. Podía leer un libro y recordar el contenido completo sin consultar de nuevo ni una sola página.

—Es su sangre veneciana —respondió Orsina. Sabía que la memoria de su hija provenía de su lado de la familia. Los venecianos habían pasado siglos navegando a través de una ciudad flotante de laberintos. Uno tenía que recordar vías, referencias e incluso anécdotas de sitios particulares para no perderse.

A diferencia de Elodie, Orsina no podía recordar lo escrito, pero tenía una poderosa memoria visual que sabía que le había heredado a su hija. Cuando la niña tenía apenas 4 años, le había dado a Orsina instrucciones para regresar a casa, diciéndole que diera vuelta a la izquierda junto a la tienda, a la derecha a la altura del parque y derecho por la calle donde vendían los gelati. Orsina había sonreído al percatarse de que su hija daba instrucciones, como lo había hecho su propia madre, y su madre antes que ella.

Pero la memoria de Elodie era todavía más notable que la del típico veneciano y Orsina se sentía más que complacida de que le fuera de tanta utilidad a la música de su hija.

—Eso la distinguirá de sus compañeros —le dijo Pietro a su esposa—. Será la que los profesores quieran para sus cuartetos de cuerda y para los duetos con piano. Es muy impactante que no necesites tener la partitura frente a ti cuando estás tocando.

Desde los 10 años, después de la escuela, Elodie asiste a clases en el Liceo Musicale de Verona, en la esquina de la Vía Roma

y la Vía Manin. Sin embargo, cuando cumple 18 años, estudia allí de tiempo completo. Su delgada figura carga el estuche con el violonchelo hasta las altas paredes del conservatorio. Todo a su alrededor le deja alguna impresión. Las paredes de yeso gris azulado, los monásticos cubículos de práctica, el aroma de las hojas secas al entrar en contacto con el aire húmedo.

Su memoria es como arcilla suave. Un rostro en la calle. El estampado de un vestido. Todo con lo que se topa permanece fijo en su mente, como una telaraña de huellas dactilares permanentes.

Toca Vivaldi, Albinoni, Beethoven y Dvořák, y la música fluye a través de ella mientras la empapa. Su cuerpo no es más que parte del instrumento. Sus piernas son fuertes como las de un potrillo; sus delgados brazos poseen la fuerza discreta de los de una bailarina.

Cuando toca, cierra los ojos. Escucha el fuego. Siente el agua. Su arco es como un rayo. Golpea. Deslumbra. A veces se posa por solo un instante y en otras ocasiones se balancea a un lado y a otro como un serrucho. No siente temor alguno al tocar.

Afuera, el mundo se oscurece con la guerra que se avecina. Ella la intuye como una sombra en cuanto abandona el Liceo o su casa. Las mujeres se forman para comprar alimentos en la tienda, sus manos apretando sus cupones de racionamiento; los trabajadores de las fábricas protestan en las calles. Las camisas negras y holgadas de los policías fascistas se agitan cuando pasan en sus motocicletas. El temor no pende de una sola nota, sino que se oculta en una orquestación compleja que Elodie no logra descifrar.

La seleccionan para tocar en un cuarteto de cuerdas avanzado con otros tres estudiantes. También eligen a Lena, una violista. La mayoría de las chicas que asisten al Liceo Musicale tocan el piano o la flauta, pero Elodie y Lena se encuentran entre las pocas que tocan instrumentos de cuerda.

Las dos son totalmente lo opuesto. Elodie, con su cabello casi negro, su cuerpo estilizado y sus ojos verdes. Su amiga Lena tiene un aspecto más germánico. Su cuerpo es suave y curvilíneo; su cabello, rubio y sus ojos, redondos y azules. También le da cierta voluptuosidad a la manera en que toca su viola.

No tardan en volverse amigas y aprenden a complementar-se cuando tocan. Lena se ríe con mayor facilidad y lleva a Elodie a los cafés para tomarse un espresso después de clase. No tiene la memoria de Elodie. Lena es como los dos jóvenes del cuarteto y también necesita tener la partitura frente a sí. Sin embargo, su belleza suele distraer a sus compañeros de clase.

—Franco estaba tratando de asomarse dentro de tu blusa en el ensayo de hoy —bromea Elodie—. Es un verdadero milagro que no haya perdido su lugar...

—Es un imbécil —responde Lena con una risa—. Ni con tres manos podría desabrochar mi brasier.

Elodie se sorprende por la mordacidad de su amiga. Es un contraste absoluto con el aspecto angelical y la actitud recatada con la que se conduce en la escuela.

Lena también critica la alianza de Mussolini con los alemanes.

—Esos cerdos —dice de los alemanes—... Lo más bajo de la alcantarilla. Espera y verás... Si no nos cuidamos, acabaremos igual que Checoslovaquia y simplemente nos aplastarán y se apoderarán del país.

Elodie puede sentir el peso de las miradas a su alrededor mientras su amiga expresa sus sentimientos.

—No deberías hablar tan fuerte... —susurra—. Lo único que conseguirás con eso es que nos arrastren a la estación de policía.

—¿A qué le tienes miedo? Para la policía no somos una amenaza. Tú eres una simple chica que pasea por la calle con su violonchelo, nada más. Son tan idiotas que ni siquiera reparan en nosotras.

Elodie mira a su alrededor. Lo que Lena dijo es cierto. La *piazza* está atestada de mujeres que empujan carriolas y de algunos hombres que van de camino a la oficina postal. Ellas no son más que dos chicas que llevan instrumentos musicales y que se difuminan en el entorno. Nadie les presta atención.